REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 3 DE OCTUBRE DE 1921 | Nº 5

SUMARIO:

Notas de México

México, D. F., 30 de agosto de 1921.

Sr. don Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica.

Amigo don Joaquín:

ESTAMOS en vísperas de la gran fiesta secular de México y Centro-América. La antigua capital de los virreyes ve llegar a los embajadores de las tierras de sol. Viene Valle-Inclán, a quien esta mañana un cronista alaba diciendo: «este era un mago con sus lentes redondas y su barba muy larga, manco y seco, que formaba sus libros con piedras preciosas». Se anuncia que llegarán Henri de Barbusse y Paul Fort. No pudo venir Lugones, por premura de tiempo. Está invitado Chocano y hay entusiasmo por verlo y oirlo. De Centro-América llegarán delegados al Congreso Internacional de Estudiantes. En la estación azul se ve en el oro de las espigas la santidad de la primavera.

Los poetas alzan su voz en esta tremenda sinfonía: su voz que asume un trémolo de fervor. Alfonso Cravioto, con «El Alma Nueva de las Cosas Viejas» nos lleva con el encanto polifónico de sus versos a su tierra de balcones nostálgicos y de novias color de jazmín, a la Nueva España nuestra. Joaquín Méndez Rivas ofrece «Poemas Estudiantiles», llenos de resonancias cordiales, de frémitos muy del allá íntimo. Bernardo Ortiz de Montellano exprime en «Avidez» el vino de su temblor inaudito ante el espectáculo de la vida y el Amor; el Doctor Atl, el inquietante Gerardo Murillo, saluda al año con «Las Sinfonías del Popocatepetl», y está dicho que tienen en prensa libros suyos Enrique González Martínez, «La Palabra del Viento», Jaime Torres Bodet y Carlos Pellicer. En San Luis Potosí el Ateneo promete hacer la selección de los poemas de Manuel José Othón. Antier, en el Ateneo de la capital, Mariano Silva Aceves nos leyó dos cuentos sugerentes y Salomón de la Selva nos concedió las primicias de su libro «El Soldado Desconocido». Hay Juegos Florales de la Universidad en setiembre y acabamos de venir de presenciar los de Córdoba, la Ciudad de los Treinta Caballeros, que ha conmemorado el centenario de los Tratados Iturbide-O'Donojú. (Córdoba, en cuya iglesia parroquial resplandece la custodia regalada por la «Generalita» y a la hora violeta del ángelus cantan, moribundas de aroma, las gardenias...) Y mientras la personalidad del soldado de Iguala está siendo nuevamente debatida entre liberales y conservadores, y don Francisco Bulnes ataca la vida íntima de San Martín, y el Ministro argentino Dr. Malbrán defiende a su prócer, Antonio Caso dice un mágico discurso al presentar sus credenciales de Embajador Especial en el Perú.

Caso ya es un maestro amado: sobre su cabellera bethoveniana el laurel pone nuevos estremecimientos, mientras su corazón se da con desesperado alborozo en el cotidiano sacrificio de su palabra, que es como una luz a donde se inclinan los rostros móviles de la Idea para erguirse de pronto iluminados. Es el pensador jovial que hace lucir, engreída y muy alta en su júbilo, la rosa de su íntima alegría; y su entusiasmo serenísimo infunde pasión y amor al ambiente del aula en que sobresale la gracia de su espíritu y se derrama, como de una antigua crátera, la dulcedumbre de su verbo. Yo creo que al par de la de Vasconcelos, es su figura la más culminante de su generación: comparten ambos la gloria y el encanto de su reino mental; y se dijera que están en su tranquilidad ardiendo como astros dioscuros en la limpidez de nuestro zodíaco. La juventud de este país debe un cielo de cariño azul a estos señores luminosos que saben regalarse en claridad desinteresada, pero que más admirables son por el dionisíaco frenesí de su ejemplo. Como al entrar al misterio de una fronda encantada, cuando oímos al Maestro se efunde en nuestro pecho la fruición morosa del lirio y fluye en su euritmia el sollozo melancólico del agua entre la niebla... Es él un Maestro en el cálido sentido del elogio, pues tiene el horror de la palabra desnuda, hace la caridad alegre de su prédica, y con su fuego interior se vuelven translúcidas aquellas ideas que vemos flotar como seres tenebrosos que sólo esperan el «hágase la luz» de su elocuencia. Este señor gozoso sabe prender al himatión del símbolo una nueva vaporosidad: vierte su voz en el silencio embelesado de su auditorio; ¡y cómo están de atentas las otras criaturas cuando tras el espectáculo crepuscular de las cláusulas surge en triunfo la sinfonía auroral de la luz! Guarda contra las travesuras del nibelungo su tesoro de semidiós y en su sortija verbal tremula de fiebre hasta aquello que otros creyeran mísera pedrería. Pudiendo servirse de su antorcha para llegar al país de la satisfacción pasajera, en donde vive augusto «el apetito desordenado de los hombres», prefiere ejercer el santo ministerio del entusiasmo, la majestad modesta de la flor que se denvuelve para aliviar con su aroma a los incurables enfermos del Ensueño, a los locos que ansían en vano besar la frente imposible de la Verdad. Ahora que va, en romería intelectual, por-

tando mensajes de estas almas latinas, a tierras de alegría solar, nuestros augurios lo siguen como fieles defensores de su confianza, y la amistad y la admiración se encienden enaltecidas con sólo evocar al hombre bueno; queremos que la bruma del mar y el estupor del cielo continúen manifestándole los prodigios de la Vida para que nos los revele en el Ensueño y los magnifique en la Acción; y que oyéndolo, el Continente escuche lo que México dice desde su trono de deidad defendida por rosas bravas, pero animando su diaria sonrisa en el rostro pavoroso del mundo.

Voy a cerrar esta carta elevando un responso en gracia de un amigo que yo empezaba a construir. (¡Un amigo es un templo!) Ha muerto Ramón López Velarde, el de «La Sangre Devota». ¡Cómo reímos jovialmente la última noche que lo ví y cómo bajo la luna comentamos a Góngora! Altísima su cortesía, cordial y señorial su afecto, ni aun en los momentos de su fiebre olvidó su gentileza; y cuando los seres familiares, los amigos íntimos se le acercaban llorando, él se llevaba a la faz, ya santificada por la Muerte, las lágrimas caídas. Cuentan que en la mañana de su agonía, al oir el canto de los gallos, el ruido de la gente en la calle, los primeros carros que pasaban en la bruma, exclamó: «La Vida». Esta criatura versátil ha sido inicua con el poeta, volviéndole la espalda. No es posible entender lo inusitado de esta ausencia, porque estábamos acostumbrados a su bondad incomparable, a su cariño de oro y seda, a su decir ponderado en que no aparecían ni el malicioso comentario ni la apagada violencia: era Ramón un hombre de lo más bueno que yo he conocido en este mundo. Tendimos su cadáver en el anfiteatro de la Universidad; y en la dulzura lúgubre del amanecer ardían de amor nuestras lágrimas. Allí ví a Vasconcelos rodeado de Antonio Caso, Roberto Montenegro, Alfonso Cravioto, Méndez Rivas, Gómez Robelo, Rafael López, Ricardo Arenales, Julio Torri, Pepe Gorostiza, Carlos Pellicer y todos los que lo amaron de verdad y aun están estupefactos ante esta catástrofe. Ha muerto él cuando su poesía anunciaba una plena magnificencia: lo enterramos en el Panteón Francés y Cravioto dijo en nuestro nombre una ardiente elegía. Acaba de cincelar otra, en oros obscuros, José Juan Tablada. Al leer «El Retablo» yo columbro en el cielo una sorprendente claridad: algo del mármol por donde entrara la tarde nemorosa y azul; y luego las rosas rojas, los claveles en delirio.

Saludo al amigo lejano.

RAFAEL HELIODORO VALLE

POETAS DE MEXICO

ALFONSO CRAVIOTO

PATIO BAJO LA LUNA

Candor seráfico de nieve
emperla el patio conventual;
el nácar triunfa en brillo breve,
y el límpido aire es como leve,
como leve alma de cristal.

Sombra azulada se esfumina
en la ancha paz del corredor;
y en la quietud de la hornacina,
frente a la imagen, flama aurina
late con vago resplandor.

La fuente apenas si murmura
como en extático rezar,
y el surtidor su chorro apura
rizando grácil la onda pura,
con vagaroso borbotar.

Cuelgan jazmines su mampara;
y en la arquería, muda y clara,
los arcos se alzan en tensión,
cual si el misterio disparara
con ellos, flechas de oración.

La luna vence entre la yedra,
y el patio, diáfano, espectral,
parece enorme ansia de piedra
que quiere, en ímpetu que arredra,
volar con rumbo al ideal.

LA CANCION DE LA PILMAMA

Duérmete, niñito, ya viene el Nahual,
y a los que no duermen se quiere llevar.

La Bruja está espiando cerca del corral
y la sangre, niño, te vaya a chupar;
sus ojos de lumbre parecen burbuja,
se monta en la escoba de Doña Maruja,
si tú no te duermes te pica su aguja,
si te halla despierto te echa en su morral:
ya viene la Bruja ¡la Bruja! ¡la Bruja!!
¡a la rurrurrú!
¡ya viene el Nahual!

Naranjita dulce, gajo de sandía,
traigan para el niño toda su alegría.

Nochecita linda, que tu pajarito
venga con canciones para este angelito.

Duérmete ya, niño, del sueño disfruta,
que a los niños buenos la Virgen da fruta,
y a los desvelados sólo les da sal...
¡Ya viene el Nahual!

La Virgen lavaba, San José tendía,
y su Niño bueno siempre se dormía.

Arriba del cielo hay un agujero
por el que se asoma Narices de Cuero.

Don Quién-quién te lleva si no duermes tu,
¡a la rurrurrú!

y te muerde el lobo que hay en su costal...
¡Ya viene el Nahual!

Duérmete, niñito, tu cuerpo arrebuja,
pues si no, te come, ¡te come la Bruja!
Si el niño no duerme. ¡Viejo Coco, sal!
¡A la rurrurrú!
¡Ya viene el Nahual!

Mensaje enviado a las Repúblicas Sudamericanas con motivo del Centenario Peruano

Al Presidente del Centro Universitario de ....

Camarada:

La Federación de Estudiantes de Chile no ha querido dejar pasar la fecha trascendental que conmemora la República hermana del Perú sin exteriorizar el hondo anhelo de paz y de justicia, que viene desde hace años predicando, para apaciguar los viejos rencores que envenenan a nuestros pueblos y les impiden ver la imprescindible necesidad de subordinar sus intereses pequeños a la noción excelsa de Humanidad, que ha de coordinar los esfuerzos dispersos o antagónicos de familias, individuos y patrias, alrededor de las supremas nociones de solidaridad y de continuidad humanas, vivificadas por sentimientos de amor universal.

La generación que nos ha dado la vida, educada en el sofisma, hoy día evidente, de que el interés de la patria, justo o no, es superior a toda moral, no puede, por desgracia, comprender que nosotros antepongamos la paz y la justicia a transitorios intereses, que sólo la pasión hace aparecer como legítimos. Y como en cada nación este punto de vista exclusivo es análogo, las viejas cuestiones tienden a eternizarse y a hacer imposible todo progreso moral, porque los hombres, por natural flaqueza de su espíritu, generalmente amoldan su modo de pensar y de sentir a la justificación de la propia vida que se ven obligados a vivir. Sólo el grito de alerta de la juventud, sólo la prédica incansable y decidida, podrán aclarar las mentes obcecadas y reanimar en los corazones los dormidos sentimientos fraternales, cuyo fruto ha de ser algún día la paz, la justicia, la tranquilidad y la concordia, tan necesarias para afrontar serenamente los graves problemas que nos anuncia el porvenir.

No renegamos de nuestros padres, pero comprendemos que son ellos quienes, ofuscados por el amor de la patria, han cultivado en nosotros el ciego espíritu guerrero, que parece olvidado de la bella máxima de los estoicos, *el hombre es cosa sagrada para el hombre*. Es tiempo de que este espíritu atávico desaparezca y dé lugar al de la fraternidad solidaria de los pueblos, no sólo porque así lo exijen las superiores nociones morales, sino porque la solidaridad real de los intereses de todo el planeta hace imprescindible ya el coordinar la pacífica actividad industrial de las diversas naciones de modo convergente y armónico, para mayor felicidad de los propios hijos de cada patria.

Pero esta verdadera paz es imposible sin la justicia, porque los pueblos no se conforman sin ella y anidan eternamente un áspero deseo de venganza que, preocupando en una y otra parte, las inteligencias y los corazones, propalando minuto a minuto las alarmas asesinas, interrumpe las meditaciones de los sabios y estadistas, arruina los intereses de los pobres, y perturba el trabajo de los talleres y los campos: en una palabra, desquicia el orden material y moral, que es el principio y la fuente de todo progreso.

La juventud americana, que tan señaladas pruebas ha dado de su idealismo y de su serena y acertada apreciación de los hechos reales del mundo político y moral, debe empezar una verdadera e infatigable cruzada por crear el espíritu de paz en esta bella parte del planeta, que es bastante grande y rica para que todos podamos convivir sin injusticia ni violencia.

En la época lejana de la Colonia, del Perú nos vinieron los conquistadores creadores de nuestra nacionalidad, las armas y soldados que permitieron afianzarla y los subsidios indispensables para su vida. Y hace cien años, cuando nuestros mayores creyeron llegada la hora de la libertad política de nuestros pueblos, de Chile partió la primera expedición libertadora del Perú.

Tenemos una historia común, una historia de hermanos, en que los actos

Como nos ven de lejos

"PRESTO—CHANGE!"



(*Aberdeen Daily News*, Aberdeen, Dakota Sur, E. U. de A).

y sentimientos de solidaridad son incontables y han sido siempre decisivos y trascendentales. El ofuscamiento de una o dos generaciones y la creación de intereses, que bien examinados no son vitales, no deben hacernos perseverar en un odio eterno y morboso, que nos está consumiendo el corazón.

La conmemoración del Centenario de la Independencia del Perú es un momento solemne en la historia, y debe hacernos meditar en el supremo deber de conformar el corazón, la inteligencia y la conducta a los superiores intereses de la humanidad, en nombre de la cual habremos, necesariamente, de ser juzgados en breve plazo. Aquella empresa gloriosa fué una obra común, a la que convergieron los esfuerzos de toda la América Latina, y tuvo además el privilegio único de sellar la libertad de todo el Continente con el broche de oro de Ayacucho, cuyo centenario, ya vecino, ojalá podamos celebrar en noble y pacífica concordia.

Al enviar por intermedio del Centro Estudiantial que Ud. preside la expresión de nuestra adhesión fraternal a todos los pueblos de la América, y en especial a la juventud y al pueblo del Perú con ocasión de su fiesta centenaria, no se nos oculta que no reflejamos ni con mucho los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son más nobles y justos, y que acabarán por imponerse, por su propia eficacia, a la conciencia general. Creemos también que el pueblo hermano sabrá apreciar hidalgamente nuestra actitud y se colocará a la altura del trascendental momento histórico que atravesamos.

Crea pues el distinguido Presidente y camarada que la juventud que piensa en Chile se asocia hondamente en espíritu a la celebración del Centenario de la Independencia del Perú, y formula votos muy sinceros porque reine de nuevo la paz y la amistad entre nuestros pueblos, y se restablezcan entre ambos las viejas relaciones cordiales, sobre la base inconmovible de la justicia y del amor.

Saluda al señor Presidente y camarada, su colega, amigo y servidor,

DANIEL SCHWEITZER,
Presidente.

ARTURO ZÚÑIGA L.,
Secretario.

(Claridad. Santiago de Chile).



LA LEY NATURAL

POR LEOPOLDO LUGONES

La pobre señora está muy triste; caen de sus ojos lágrimas y de sus manos ofrendas para los pobres y para las capillas del contorno;—ofrendas abundantes y ricas con que ella implora la clemencia del buen Dios para salvar a su niño;—pues el niño de la señora está muy enfermo, y es un mal extraño el mal que le consume. El niño de la señora se marchita como un pimpollo prematuro bajo las escarchas, y si el buen Dios no se apiada, pasto de carne tierna tendrá pronto el sepulcro. Por eso la pobre señora está triste y llora con sus bellos ojos, que fueron gemelos de las estrellas, y reparte ofrendas con sus dos hermosas manos, que parecen dos azucenas regalando perfume.

Felizmente, la clemencia del buen Dios se ha manifestado bajo la forma de una pollina (no hay blasfemia; ahí está la burra de Balaam), de una pollina cuya leche alimenta al niño moribundo. La bestia es mansa como la caridad, y tiene dos orejas grandes como los ideales de paz universal manifestados en la conferencia de la Haya, y un pelo lanoso y bien cuidado, y está además muy gorda, pues le han reservado un trozo del jardín donde florece el trébol, para que el niño enfermo tenga buena leche y no desfallezca de inanición. La señora tiene senos hermosos, tan hermosos que no sirven para criar, y la burra tiene robustas ubres, tan robustas, que es increíble cómo se va restableciendo el niño de chupar en ellas el jugo de la vida...

Después de muchas semanas la señora ha notado que el pequeño asno está flaco y peludo. Da lástima verle. Tiene los ojos opacos y los ijares secos. Ramonea trabajosamente la yerba que su débil dentadura no puede aún masticar, y por las tardes, cuando se llevan a la pollina para ordeñarla, allá, bajo las magnolias del jardín, arroja una mirada de infinita paciencia sobre las dos madres. La suya no hace más que lamerle las costillas, tristemente, y rebuznar dolorida, por la tarde, a la querencia donde los garañones retozan con las jóvenes burras. El pequeño asno parece también un niñito. Por lo menos, el otro no tiene las pupilas más dulces, ni es más simpático.

¿Por qué me tienen todo el día con el hocico metido en el morral? y ¿porqué me alejan tan cruelmente de mi madre? piensa el animalillo.

Porque la ley natural dispone, triste cachorro, que el hombre domine a los animales y se sirva de ellos.

Así, a lo menos respondería la señora, si se le ocurriera pensar que el hijo de la burra sufre, pues no lo ha pensado aun viéndole tan triste.

El niño, entre tanto, está convaleciente. Su boquita ríe ahora, sus mofletes están rosados otra vez. En la luminosa vaguedad de sus ojos hay algo como la cintilación de una estrella. Tiene los brazos rollizos y—¡oh delicia!—pretende ya morder con su único diente. Durante su enfermedad se volvió caprichoso. Rabia con chillidos agudos y a veces le da por no dormir una noche entera. Su llanto pone en conmoción toda la casa y hace palidecer a la señora. La pobre ha sufrido tanto que está sensible como una flor del aire. Los caprichos de la criatura son tiránicas órdenes para su dulce corazón...

Como la tarde está hermosa, han sacado al niño para que tome el aire mientras ordeñan. Pero el niño ha manifestado deseos de aproximarse a la nodriza de largas orejas, y es necesario complacerle. Aproxímanse a las magnolias donde ordeñan. El niño no está contento; quiere ver de cerca, quiere contemplar las robustas ubres de donde mana el jugo de vida. Y le consienten esto también. El cuadro es sencillo y hermoso como un episodio de la Odisea: Bajo la tarde dorada, las magnolias, inmóviles, con sus grandes pimpollos de porcelana. Viene en la brisa ligera el olor de los tréboles. Sujeta al cabestro, la burra dormita. Un poco más lejos, el asnillo balancea tristemente su morral. La anciana sirvienta ordeña en la limpia jarra, y la señora, inclinada, sostiene al niño, cuya manita acaricia el ijar de la bestia.

La buena estación contribuye con sus perfumes y sus tibiezas a la salud de la adorada criatura; la clemencia del buen Dios se manifiesta con un florecimiento de dicha; la madre tiene los ojos húmedos de alegría, el niño ríe locamente en la suave gloria de la tarde dorada, ríe, ríe mucho — hasta que de repente, he aquí que con un golpe seco, la burra ¡paf! de una patada le ha partido la cabeza.

Señora, la ley natural es que los asnos coceen.

(Caras y Caretas. Buenos Aires).

La "Semana del Niño" en las fiestas del Centenario de México

El objeto de la Semana del Niño

El objeto de la «Semana del Niño» es despertar principalmente interés en el pueblo mexicano respecto a las necesidades de los niños, para que éstos sean mejor cuidados y puedan prepararse para recibir una educación adecuada y de acuerdo con los principales conceptos de la higiene, evitándose así, hasta donde sea posible, esa aterradora mortalidad infantil que registran nuestras estadísticas. (El año próximo pasado murió un niño de cada cuatro que nacieron).

Para lograr el fin que se desea, el Departamento de Salubridad ha encomendado la organización de todos los trabajos a un grupo muy competente de personas doctas en Puericultura, así como ha escogido un número de artistas y expertos en la materia, quienes, bajo la dirección de la sapiente dama Miss Helen Bowyer, del Departamento Federal Infantil de los Estados Unidos, están desplegando entusiasta actividad en traducir importantes obras relacionadas con la materia; en escribir folletos que serán distribuidos profusamente entre los niños y las madres de familia, en preparar demostraciones gráficas por medio de cartelones sobre lo indispensable que es para la salud, tener costumbres higiénicas y adquirir determinados conocimientos para defenderse de las enfermedades.

Programa general

El programa definitivo de la «Semana del Niño» que comenzará el día 11 de setiembre y terminará el 17, ha sido ya aprobado en todas sus partes y desarrollará en la siguiente forma:

Se inaugurará la «Exposición del Niño» solemnemente por el señor Presidente de la República, el domingo 11 a las 5 de la tarde, y estará abierta al público durante la semana, todos los días de 9 a. m., a 12 m. y de 4 a 7 p. m., con excepción de los días 11 y 17, en que estará abierta hasta las 10 p. m.

La Exposición estará instalada en el local del Departamento (Paseo de la Reforma 93), y en ella se exhibirán cartelones, gráficas y objetos relacionados con el bienestar del niño (cuidado general de la infancia, alimentación, vestido, profilaxis de las enfermedades contagiosas, herencia, cuidado de la madre antes del nacimiento de su hijo, condiciones del hogar, etc., etc.) Durante la Exposición habrá a mañana y tarde pequeñas conferencias a cargo de especialistas conocidos, sobre diversos temas relacionados con los niños y se harán diversas demostraciones prácticas también relacionadas con esos asuntos. Se distribuirán entre los concurrentes calendarios para 1922 con el fin de hacer propaganda relacionada con la higiene de la infancia y diversos folletos relativos a ella. Por último, habrá todas las mañanas pequeñas festividades infantiles destinadas a llamar la atención del público sobre los niños.

Los actos diversos que se desarrollarán

Además de la Exposición se desarrollarán los actos siguientes:

Domingo 11.—Día de la Bandera.—Distribución de banderas alusivas en los hogares en que se tengan noticias de que hay algún recién nacido, con el fin de que se fijen esas banderas en las ventanas o balcones de las casas y se conserven después por las familias como recuerdo del día. Distribución en los mismos hogares de folletos relativos al cuidado de los recién nacidos y de calendarios para 1922.

Lunes 12.—Festivales en las escuelas primarias.—En cada una de las escuelas primarias dependientes de la Universidad y del Ayuntamiento se celebrarán en la mañana pequeñas fiestas literario-musicales, con el fin de interesar a los niños en las prácticas de la higiene, distribuyendo entre ellos un pequeño folleto ilustrado que persigue el mismo fin y regalándoles cepillos de dientes y algunos otros objetos de uso personal.

Martes 13.—Procesión infantil.—A las diez de la mañana partirá del Paseo de la Reforma una procesión de cien automóviles en los cuales irán niños de ambos sexos, al cuidado de enfermeras de la Cruz Blanca. Los automóviles recorrerán la ciudad acompañados de algunas bandas de música, y llevarán adornos florales y cartelones y banderas con inscripciones llamativas que se refieran al bienestar de la infancia.

Miércoles 14.—Día del Registro Civil.—Los niños que sean registrados, tanto en los juzgados como en el que se instalará especialmente en el local de la Exposición, recibirán un diploma especial firmado por el señor Presidente de la República. Para que haya el mayor número posible de niños registrados, se hará la debida propaganda en los periódicos diarios de la víspera y del mismo día.

Jueves 15.—Visitas a las diversas instituciones que se ocupan de los niños.—Durante este día se invitará al público en general a que visite los diversos establecimientos que hay en la ciudad y en sus alrededores (Casas de cuna, Sociedad Protectora de la Infancia, Casa Amiga de la Obrera, etc.) para que se dé cuenta de lo que se hace en ellas y para que se interese en ayudar a esas instituciones, las cuales desarrollarán con ese motivo programas especiales.

Viernes 16.—Día de las Madres.—Durante él se harán visitas a las maternidades oficiales y particulares, así como a las cárceles de mujeres, para obsequiar canastillas de ropa a los

niños recién nacidos y ofrecer a las madres algunos pequeños obsequios. En la Exposición se darán premios especiales, durante el mismo día, a las madres que presenten a los niños que sean modelo de desarrollo físico y de salud.

Sábado 17.—Día de los Padres.—A invitación del Departamento, se efectuará en los locales de diversas agrupaciones, conferencias destinadas a llamar la atención de los padres sobre la obligación que tienen de preocuparse por el cuidado racional de la salud de sus hijos y de su bienestar, distribuyéndoles en esos actos folletos alusivos. El mismo día se clausurará solemnemente la Exposición del Niño.

LOS TEMAS DE LAS CONFERENCIAS

He aquí los temas de las conferencias que se darán durante los días que permanecerá abierta la Exposición:

1.—Madres. Se les hablará acerca de los cuidados que deben tenerse durante el embarazo; se les explicará sobre la necesidad de que hagan ejercicio al aire libre; de que se sometan a la atención de un médico competente antes del parto y durante él; de la alimentación propia de su estado y por último de todo lo relativo a la higiene.

2.—Padres. Recomendaciones sobre sus deberes de esposo.

3.—Problemas de la herencia. Enfermedades venéreas.

4.—Clínicas del Niño. Casas de Maternidad. Hospitales. Buen estado de la dentadura, cuidados de la piel, precauciones sobre indigestiones y extreñimiento.

5.—La leche. Su importancia como alimento de primera clase.

6. — Moscas. Los enemigos más grandes del niño: conductores de gérmenes de toda clase de enfermedades. La mosca en la casa: la manera de combatirla.

7.—Alimentación para el niño mayor de un año. La leche de la madre como el alimento por excelencia para el niño. Manera de estimular la venida de la leche. Instrucciones acerca de las horas y cantidad que debe darse al niño. Su destete. La leche de vaca: su preparación, esterilización, pasteurización y conservación en el hielo. Utensilios que se necesitan para la alimentación de botella.

8.—Alimentación para el niño mayor de un año. Uso de cereales, harinas diferentes, legumbres, etc. Alimentos perjudiciales a los niños, Importancia del agua hervida. Instrucciones generales sobre la adquisición de alimentos puros; su preparación y régimen de administración.

9.—Dentición. Alimentos que contengan carbonato de calcio. Alimentos que no darán lugar a la carie de los dientes. El éxito de la segunda dentición depende mucho de los cuidados recibidos en la primera. Enseñanza a los niños del uso del cepillo. Cuando el niño tiene dos años la madre le cepillará los dientes durante dos minutos. Instrucciones acerca del aseo de la boca de los niños.

10.—Ceguera. Cómo evitar muchos casos de ceguera. Atención inmediata en los ojos de los niños, al nacer. Discusiones sobre úlceras, hinchazones, y escurrimientos en los ojos de los niños. Tratamientos inmediatos. Precauciones en el uso de toallas, pañuelos, etc. Objetos peligrosos: tijeras, lápices, chinampinas. La ceguera como resultado del sarampión y las viruelas.

11.—Cuidados del niño. Su baño, alimentación, ropa, paseos, casa, peso, camita, alejamiento de niños enfermos, primeros pasos, etc.

12.—Ropa adecuada para los niños. Tejidos, calidad, estaciones, etc. Corte sencillo y económico. Calzado holgado y propio. Manera higiénica de vestir al niño.

13.—Mortalidad infantil. Enfermedades que más la originan. Condiciones antihigiénicas en el hogar, alimentación artificial, mixta o mercenaria como causa de fallecimiento entre los niños. Consejos científicos. Condiciones económicas en el hogar. Falta de conocimiento de la madre para cuidar al niño.

14.—Enfermedades de los niños. Sarampión, tos ferina, escarlatina, difteria, viruelas, diarrea, enfermedad del aparato digestivo y respiratorio, etc. Vacunación y revacunación contra la viruela. Cuidados de la garganta.

15.—La pobreza y el niño. La penuria como gran enemiga de la niñez. Casas mal acondicionadas. Alimentación pobre, madres cansadas y raquíticas.

16.—Las enfermeras de sanidad y los centros benéficos para los niños. Enfermeras que visitan hogares pobres y enseñan a las madres a cuidar a los niños. La conveniencia de establecer clínicas para niños sanos y para niños enfermos.

17.—Casas. Sus condiciones de habitabilidad. Amplitud. Drenaje. La importancia de la higiene en el hogar; conservación de la salud. Los excusados, etc.

18.—Los niños campesinos. Ventajas que ofrece el aire libre en la vida de los niños. Necesidad de que se lleven a cabo arreglos de campañas para que se establezcan estos medios en México.

19.—La Nueva Zelanda, y lo que otros países están haciendo y han hecho en pro del niño. Sus actividades y éxito.

20.—Las leyes mexicanas relativas al bienestar del niño. Los movimientos que actualmente se están llevando a cabo en beneficio de ellos. Algunas instituciones privadas.

21.—El Registro Civil. Su importancia. Urgencia de que los padres no dejen de cumplir con ese deber. Ventajas que se reciben con ese requisito legal.

22.—Los niños mexicanos, en general.

(Excelsior. México, D. F.)

Los que llegan

ANOCHECE...

Anochece... en las siluetas
del indeciso camino,
dejó un claror vespertino
un reguero de violetas...

Una tristeza silente
de un lejano pensamiento,
como el calor de un aliento
se adivina en el ambiente.

Hay una flor que temblando,
en su tallo se ha dormido
dejando su llanto blando...

Y en el camino escondido,
¡mi corazón va llorando
por un amor que ha perdido!

VÍCTOR ML. SOLANO

Heredia, 10 de julio de 1921.

Nuestra edición de "La Edad de Oro" en Cuba

[En el *Perfil del Día* de la edición de *El Mundo* (el mejor diario de Cuba) del lunes 29 de agosto de 1921, dice uno de sus más leídos redactores lo siguiente]:

La Edad de Oro, el periódico de instrucción y recreo para la niñez americana que vió la luz de la publicidad en New York, allá por los años de 1889, fué la obra más singular de nuestro José Martí, creador fecundo de tanto monumento literario e insuperado en las letras castellanas, porque en sus páginas encantadoramente sencillas y candorosas, vertió el genio doloroso en caudales de ternura y de amor, toda la sabiduría y todo la bondad de su alma pura, que resplandece con la claridad de un cielo meridiano.

No es posible leer esta producción del Maestro, tan clara y tan bella, tan dulcemente ingenua, en la grandeza de los asuntos que enseña, que de todo trata con inigualado conocimiento y dominio, sin que sintamos algo así como una resurrección cordial de nuestra infancia y un inefable enternecimiento, que pone en los ojos la magia de una aurora en que las cosas y los seres que nos son familiares se hacen más hermosos y lucen como más primorosos, como acabados de crear.

Esta es la virtualidad del genio. Y el Homagno que tenía en su corazón inmenso el júbilo de ver, por medio de su verbo angélico y milagroso, despierta en nosotros, para que domine, como la triste inferioridad animal de que todavía no se ha libertado el hombre, la paloma, abierta siempre la gloria de sus alas en la cima de su vida radiosa, perennemente florecida de heroísmos y sublimidades...

El decía que «darse» es el más intenso goce de la tierra, y, mientras vivió entre los hombres, no fué más que agua viva de piedad y de redención, luz de estrella, báculo y cruz.

Como el Cristo que pedía se le acercaran los niños, él los amaba, y para ellos nunca dejó de tener en la mansedumbre de sus manos fundadoras, la alegría de una flor o la gracia de un ave viva, fascinadora espiritualidad inocente en que el párvulo hallaba, sin las torpezas de una pedagogía formal y aburrida, la enseñanza que edifica y complace, y, lo que vale más, el estímulo de la voluntad y el alborozo de la mente que arden en curiosidad por aprender cosas de hombre y del mundo, de esas que levantan y dan un vuelco al corazón.

El Apóstol de la Libertad, que llevaba en los hombros constructores la carga prometeica del Ideal; que laboraba como un titán del espíritu por forjar en el fondo anímico de su pueblo los cimientos ideológicos y sentimentales de su concepción republicana, amplia y generosa, no descuidaba ningún aspecto de su magna empresa intelectual, y si para con los hombres de la pasada generación revolucionaria fueron sus recursos inagotables de paciencia, abnegación y fe—con los que logró vencer toda rémora y toda oposición por parte de los interesados en que perduraran las cosas como estaban,—¡con cuánta mayor razón no iba a preocuparse del hombre futuro, del niño que en aquella edad de gestación heróica, asistía inconsciente y despreocupado en su puerilidad dichosa, a los movimientos que en el hogar del destierro hacían el padre heróico y la madre buena, realizando su tarea de patriotas inflamados por el sacro fuego de su oratoria prodigiosa y de su prédica infatigable!

El niño que es todo ojos y que solicitado por todas las cosas de la Creación todo lo ve como recién hecho, nuevo y virginal, era una pasión del Maestro. Por esto su dedicación a la enseñanza, su preocupación por la escuela genuinamente americana, como su visión panóptica por nuestra naturaleza exuberante y grandiosa, es original, constituía un fervor sólo comparable al que tenía por la Libertad, en cuya ara se inmoló sublimemente.

No hay más que leer cualquier artículo de estos que publicó en La Edad de Oro, para comprender la magnitud de este hombre que poseía un saber asombroso, tanto más extraordinario cuanto más difícil se nos hace explicarnos cómo pudo adquirirlo, en su vertiginosa existencia de agitador revolucionario, de acá para allá, llevado y traído por los altibajos de un vivir incierto y atormentado.

Mas, es lo original, que de todo sabía y de raíz. Su amor altruísta y humanitario corría parejas con su sabiduría.

De una manera tan suave trasmitía al discípulo el conocimiento del asunto que estudiaran, porque eso hizo siempre en relación con ellos, como si colaboraran fraternalmente, que ya no se olvidaba más, constante la atención y toda embargada la mente por el hechizo de un lenguaje didáctico que parecía hablado por los dioses.

A la biblioteca *El Convivio*, que se edita en San José de Costa Rica, bajo la dirección del señor J. García Monge, se debe el que se haya reeditado La Edad de Oro, que estaba agotada, y lo que es más importante, el que los niños cubanos tengan oportunidad de instruirse con las amenas y educativas lecciones del maestro.

Con lo cual, claro está, se da un merecido palmetazo a nuestras invisibles casas editoras y hasta a nuestros flamantes directores de la Instrucción Pública.



La enseñanza de la literatura

Por AZORÍN

Un profesor francés, Marcel Braunschvig, acaba de publicar el segundo volumen de una obra interesante; el primero ha salido de las prensas hace un año. Se titula la obra del profesor francés, editada por la casa Colin—*Nuestra literatura estudiada en los textos*. En Francia abundan los manuales de historia literaria; en España andamos escasos de ellos; los dos más apreciables están redactados por extranjeros. En Francia se estudia la literatura clásica; se la estudia fervorosamente, amorosamente; pero sin supersticiones ni fetichismos. En España no se pueden hacer salvedades ni reservas tratándose de un eminente autor clásico. Con los procedimientos franceses—imparcialidad, independencia—se va hacia la formación de un es-

píritu tradicional y al propio tiempo moderno. Con los procedimientos españoles—adoración ciega, intangibilidad del clásico—se va hacia la reproducción artificiosa y grotesca de cualquier poeta o novelista del siglo XVII. En Francia, un novelista para las clases conservadoras (un Bordeaux, un Boysleve, etc.) no pretende escribir, por ejemplo, como la señora La Fayette, la autora de *La princesa de Cleves*. Tienen los tales noveladores su espíritu tradicionalista; pero escriben en un lenguaje limpio y claro. En España, el ideal de un novelista conservador sería escribir, palabra por palabra, tilde por tilde, como Cervantes, o Mateo Alemán o Salas Barbadillo.

Abundan en Francia los manuales de historia literaria. Los hay liberales y conservadores. Responden unos y otros a las distintas tendencias de las instituciones pedagógicas que los utilizan. Conservador es el manual de Doumic; liberal el de Lanson. Alrededor de estos dos tipos de historia giran todos los compendios redactados en Francia para usos de la enseñanza. El manual de Doumic, conservador, sería liberal en España. Es cierto que en este librito (del que van impresos más de 300,000 ejemplares) se llega a ignorar la existencia de uno de los más grandes poetas modernos en Francia—Baudelaire—; pero los juicios del autor sobre Moliere, por ejemplo, sobre Voltaire, no podrían ser tan amplios, tan abiertos, tan sutiles, firmados por un conservador español. Lanson, en su manual, se esfuerza por parecer más tolerante. De la primera edición de su libro a la última van diferencias esenciales. Lanson es autor de un libro sobre Boileau y de otro sobre Bossuet; sus preferencias como crítico han ido precisamente a las dos figuras, grandes figuras, más representativas del tradicionalismo en Francia. Por otra parte, Lanson, actual director de la Normal de París, el centro intelectual más austero de Francia, es a la vez el prologuista de una antología—editada por Figuiere—de poetas desconcertantes y ultramodernos. Se tiene por liberal el libro de Lanson, y sería pedantesco que un extranjero fuera a dar lecciones de liberalismo literario a los compatriotas ensalzadores de un escritor. Pero si Doumic suprime a Baudelaire, Lanson no da muestras de amplia comprensión al hablar del gran poeta. Diríase que en Francia el autor de *Las flores del mal* es la piedra de toque para el contraste de la capacidad de los críticos.

Nuestra literatura estudiada en los textos es un libro excelente. Tiene esta obra un antecedente; no la menciona el autor en el prólogo; creemos que tampoco va incluído en la amplia bibliografía que va al frente del primer volumen. El antecedente es el libro de Hervier sobre los grandes autores «juzgados por sus contemporáneos». Las dos obras, sin embargo, la de Braunschvig y la de Hervier, tienen estrecha relación y se complementan. Braunschvig ha escrito su libro con toda escrupulosidad. Nada falta en él: ni crítica, ni biografía, ni abundante bibliografía. El autor procede metódicamente. Ante un hecho literario (la oratoria sagrada, la novela, la tragedia, etc.), Braunschvig nos informa primero de todo lo relativo a la personalidad de los autores tratados (biografía, bibliografía); luego expone las características dominantes en el hecho o en el autor; por último, nos ofrece los textos más significativos en relación con la tendencia o movimiento literario estudiado. Y el texto va ilustrado por breves y discretas notas.

No se insistirá nunca bastante sobre la conveniencia—desde el punto de vista de la enseñanza—del estudio directo de los textos. Alguna vez hemos dicho que las oposiciones de literatura debieran limitarse al comentario de los textos. No haría falta repetición memorista de nombres, títulos y pasajes de obras famosas. Bastaría con que el opositor abriera un libro al azar, un gran libro clásico, y nos dijera sus impresiones...

El libro de Braunschvig responde a esa tendencia, que, desde el ministerio de instrucción pública, en Francia, se quiere imponer a la enseñanza de la literatura. «El estudio de los textos—dice un autor—no podrá ser nunca bastante recomendado; ese es el camino más corto, el más seguro, el más agradable para todo género de erudición. Adquirid las cosas de primera mano; id a la misma fuente; manejad, volved a manejar los textos... Los primeros comentaristas se han encontrado en el caso en que yo deseo que os encontréis. No les sigáis; no adoptéis sus puntos de vista sino en aquella parte en que complementan los vuestros...» ¿Quién habla así? La Bruyere, en *Los caracteres* (capítulo titulado «De algunas costumbres»). El fragmento, que no hemos citado en su integridad, merecería haber sido estampado, en alguna de sus frases al menos, al frente de *Nuestra literatura estudiada en los textos*. Con esas palabras de la Bruyere queremos terminar este anuncio del libro, excelente, interesantísimo, del profesor Braunschvig.

(*A. B. C.* Madrid).

Los Presidentes "Mano de Hierro"

POR EL DR. T. ESQUIVEL OBREGON
Ex-Ministro de Hacienda de México

[«Se necesita un Dictador, no como PELICO; un Dictador honrado». Grave declaración que *La Tribuna* del martes 27 de setiembre próximo pasado pone en boca del señor Presidente de la República y que motiva la reproducción de las siguientes líneas].

La teoría de la «mano de hierro» no es más que un ejemplo de lo difícil que es arrancar de un pueblo un prejuicio cuando están en su favor los declamadores, aun cuando estén en su contra lo hechos.

Esa teoría no es nueva; ha sido predicada a todos los presidentes, y todos o casi todos la han aceptado por norma de conducta. Siempre han causado la desgracia del pueblo con su obstinación, y al último es esa doctrina la que ha determinado su caída; pero esto no impide que ella siga haciendo fortuna en el ánimo del sucesor.

Jamás ha habído doctrina más perniciosa: ella es responsable de la tiranía y rigidez del Ejecutivo, que ha hecho caminar la sociedad como entre un sendero escabroso, dando tumbos y perpetuamente descompuestos sus rodajes: ella es la responsable de que

hasta ahora se haya prescindido de investigar las cualidades intelectuales y morales de los gobernantes, a los cuales lo único que se les pide es energía para acallar a los descontentos y lenidad para dejar a los partidarios incondicionales o a los cobardes e indiferentes, que no ayudan para nada a la marcha de la cosa pública, gozar de un estado de cosas que les favorece.

Todo se le perdona a un gobernante cuando tiene «mano de hierro», y éste se cree absuelto hasta de los más grandes crímenes, en nombre de la paz e invocando aquella teoría, siempre prestigiada y eternamente perniciosa.

. . . .

¿Cómo hemos llegado a perder el concepto que en el siglo XVI era ya patrimonio aun de los déspotas, de que el hombre de gobierno debe ser un hombre inteligente y justo? ¿Cómo hemos llegado a tener puesta nuestra fe en hombres que no alcanzan a comprender otra fuerza para el gobierno de las sociedades que la que procede de los cañones y las bayonetas, o la que viene de un gobierno extraño?

. . . .

Es indudable que el gobernante de México tiene que ser un hombre fuerte; por sus cualidades intelectuales y morales que le permitan conocer las necesidades públicas, atraer a los elementos honrados que ayuden en la solución de los problemas difíciles de una reconstrucción, que permita la libre discusión de las leyes y sus reformas; pero que con mano enérgica haga cumplir las existentes, imponiéndolas al respeto de todos. Nada significa la «mano de hierro» por sí misma. Lo fundamental es la fe en la justicia y en la ciencia. Es el cerebro del estadista el que debe gobernar, y es el civismo del ciudadano el que, respetando la ley, debe mandar a la mano que la haga cumplir; pero la mano, como instrumento ciego, como simbolo de fuerza bruta, no ha hecho hasta ahora más que causar las desgracias de nuestra nación.

(Del libro *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México*, 1918).

El Perú en su Primera Centuria Republicana

Por PEDRO S. ZULEN

Un siglo hace desde que el generalísimo don José de San Martín, entre los vítores y entusiasmos de un pueblo que luchaba por la libertad, proclamó en la plaza principal de Lima la independencia del Perú, y daba así nacimiento a una nacionalidad que en primacía de antecedentes históricos y en tradiciones propias y originales, sólo Méjico puede comparársele en toda América.

En su extenso territorio, en efecto, se congregaron las primitivas civilizaciones del continente austral. El imperio de Tiahuanaco, por el portento de su arquitectura, puede haber sido el Egipto de la América del Sur. El reino de los Chimus representó por la gallardía de sus vasos, el arte refinado de sus telas y la pintura inimitable de sus huacos, lo que Grecia en el clasicismo artístico. Y los legendarios Incas fueron los romanos de este hemisferio: sus ejércitos pusieron bajo el dominio de leyes sabias todas las naciones de la zona inmensa que abarcó el Perú actual, el Ecuador, parte de Colombia y del Brasil, Bolivia, el noroeste de la Argentina y el norte de Chile hasta el río Maule. Esta zona se hubiera agrandado aun a no haber aparecido los españoles, y más que a esto, a no haberse producido las disenciones entre Huascar y Atahualpa, los últimos emperadores peruanos.

Durante la dominación española el virreinato del Perú fué el centro del fasto colonial. Lima fué la capital de la cultura. La universidad de San Marcos, fundada en 1551 con los mismos privilegios de la famosa de Salamanca en la Metrópoli, fué ahí lo que las universidades de Oxford, Bolonia, París, en sus respectivos países durante los mismos tiempos. El error de España fué hacer colonias de explotación y no de población. Por eso el régimen colonial español en vez de aprovechar las energías de una raza como la indígena, educada en el trabajo, educada como para trasmontar con sus propios pies los Andes gigantescos y para recibir en las alturas los vientos frescos de las tempestades y las bendiciones de su padre el Sol, raza sabia para surcar de canales que permitieran la vida y la abundancia en esa extensa faja costanera que muere hoy de sed, y sabia para cruzar territorio tan accidentado, de vías que hicieran fácil y rápido el acceso, e inmediato el auxilio del Inca paternal; en vez de fundar instituciones que conservaran esas energías y fundieran poco a poco un tipo institucional que dejara asimilar la cultura europea sin anular la indígena, reconociéndole individualidad, personalidad, los conquistadores se redujeron a constatar que había riquezas que extraer, para lo cual sólo bastaba establecer las mitas y las encomiendas. Sacar el producto, no importa que a los productores les fuera imposible subsistir después. La obtención de la riqueza inmediata, sin pararse en medios ni pensar en el porvenir, tal fué el sistema colonizador de la época. De ahí que la población indígena, no pudo, no decimos aumentar, ni siquiera conservarse, sino que a la fecha de la independencia había quedado reducida a la décima parte de lo que fué al tiempo de la conquista. No podía achacarse el carácter que revistió el virreinato a una inferioridad mental de los nativos, pues la raza indígena es hasta ahora y a pesar de tantos siglos de explotación, tan inteligente y tan apta como cualquiera otra raza del globo.

Ese mismo error ha sido el de la república. Esta tampoco ha reconocido que el indio es y tiene que ser el factor primo de nuestra nacionalidad. Porque antes que rebajar nuestra propia sangre debemos enorgullecernos y muy legítimamente de contar todavía con ese elemento de población, el único que puede habitar en las mesetas de nuestro país, el solo digno de formar relación de correspondencia a la majestuosidad de nuestras cumbres andinas. Y no sólo por esto, sino porque, para decirlo con uno de nuestros políticos, «el indio es lo único que no ha degenerado en el Perú».

Cuando uno recorre todos esos pueblos del interior del país, el espíritu se subleva y se entristece. Se subleva contra el parásito de nuestra clase dirigente que ocupada en pasar sus ocios haciendo presidentes y partidos de opereta, abandonó a las garras del hacen-

dado, del cacique y del extranjero (sea alemán, norteamericano, inglés o italiano)[1] todas esas fuerzas vitales de nuestra población autóctona. Se entristece pensando en la gran nación que pudo haberse erigido con aquellas bases raciales que no tienen sustituto posible. Esta desentendencia, esta falta de patriotismo y de visión de nuestros dirigentes ha creado en el Perú algo así como una nación dentro de otra, ha formado una vida nacional con distintas pulsaciones y hasta extraña a esa otra vida que en nuestras repúblicas se llama *la política*, cuyo centro está en la capital y que es la única preocupación de nuestros hombres públicos.

Un país, pues, que había heredado todos los vicios del virreinato, que mantenía a la mayoría de su población en la ignorancia y lejos del beneficio de las leyes justas, y cuya clase dirigente sólo persiguió, como en los tiempos virreinales, el propio provecho sin pensar nunca en que había que hacer nación, tenía que desgastarse en guerras civiles. El rasgo característico del turbulento siglo que termina es el de las revoluciones. Lo que nos diferencia de otros pueblos hispano-americanos es que, a pesar de nuestra vida agitada, estamos relativamente más aptos para las formas democráticas puesto que las tiranías y dictaduras no duraban tiempo. Puede decirse que apenas aquéllas se producían eran traídas abajo. Y así nosotros no tenemos ningún Porfirio Díaz, ningún Francia, ningún Rosas, ningún García Moreno. No podíamos haberlos tenido a causa de nuestra resistencia innata a ser objeto del abuso.

Este síntoma, aunque no lava nuestros pecados, sin embargo nos honra. Si democracia significa control de los actos de una minoría por la mayoría, si democracia supone estar tras el menor acto del que gobierna y censurar e impedir los desmanes del poder usando, si fuera necesario, los mismos medios que el poder tiene para imponerlos, claro es que países como los Estados Unidos por ejemplo, están muy lejos de la democracia, y más bien nosotros estamos prácticamente más cerca de la democracia que la gran nación yanqui. Aquí, en los Estados Unidos, el ciudadano cree que su único papel debe ser votar y nada más que votar; y el hecho del voto en este país no tiene más valor que el de autorizar sin saberlo, el libre curso del monopolio y el gobierno invisible de un pequeño número de jugadores de bolsa. La democracia no puede existir allí donde el ciudadano se retira voluntariamente y *deja hacer*.

Nuestro defecto estriba en el desaliento de la masa causado por el engaño del caudillo o gobernante: el pueblo abandona a la larga el papel que debe incumbirle controlando los actos de sus gobernantes, porque sabe que todos son iguales y ninguno merece su confianza. Aquí la causa del descrédito de la democracia está en la transformación operada por el factor inmigración. Él pueblo que hizo la independencia y forjó esta constitución famosa que tantas naciones copiaron después: el pueblo cuyas instituciones vienen de la Carta Magna y del Common Law: el pueblo que admiraron y loaron los franceses Laboulaye y Tocqueville y el argentino Sarmiento, no existe. Hoy, cuando el norteamericano celebra el tricentenario de la arribada de los Pilgrim Fathers, festeja a padres que no son los suyos. Es el mismo caso de la Argentina actual, de la que puede decirse que es el menos hispano-americano de nuestros países. Así como en la Argentina no hay *argentinos*, en los Estados Unidos no hay *norteamericanos;* mientras en el Perú sí hay *peruanos*. En esos dos primeros países la inmigración ha sustituído a los originarios creadores de la nacionalidad. Y es esta la causa de la incompatibilidad entre los usos y costumbres; la política interior y exterior de esta nación norteamericana y el espíritu de su constitución.

Los extranjeros que miran desde lejos nuestras revoluciones consideran que ellas constituyen un signo de decadencia. Para ellos una situación como la de Argentina o Chile, «donde no hay revoluciones», daría lugar a un mejor concepto de nuestros países. Méjico hasta la caída de Porfirio Díaz ha sido considerado como un gobierno modelo. Bunge, que casi está en la verdad y tiene un ojo muy observador, le prodiga, sin embargo, en ese libro valioso que se llama «Nuestra América», un aplauso aunque algo restringido, pero al fin, aplauso. Otro americano, García Calderón, escritor tan brillante como tan poco conocedor de nuestra sociología por el hecho de no haberla vivido, ha recomendado la oligarquía de tipo porfiriano como el gobierno ideal para América. Solamente uno de los más profundos escritores americanos, el Argentino Lucas Ayarragaray es el que percibió la realidad de las cosas con relación a México, lo mismo que a los demás países del Continente. Cuando la dictadura porfiriana estaba en todo su apojeo, cuando nadie pensaba siquiera en la posibilidad de su derrumbamiento, Ayarragaray escribió: «Sólo cuando desaparezca de la arena el General Díaz, podrá Méjico echar la sonda y medir la profundidad de los males que una arbitrariedad tan sistemática y caciquesca, han inferido a su vitalidad, a sus fuerzas materiales y a sus destinos morales». Cuando por doquiera sólo se entonaban cantos al «progreso mejicano», Ayarragaray decía: «Es conveniente estudiar atentamente la vida política e intelectual de Méjico, para convencerse del retroceso experimentado en aquel país».

En la Argentina la influencia o mejor dicho, la sustitución del elemento nacional por el nacionalizado que es ese producto cosmopolita de la inmigración, ha cerrado el camino a las agitaciones características de otros pueblos hispano-americanos. Pero el presente estado de ese país no puede ser una satisfacción para el argentino que mire atrás. Cuando Levillier en sus «Orígenes argentinos» justifica y defiende a Rosas; cuando Ayagarray proclama: «no somos todavía sino *una expresión geográfica*, casi sin unidad y sin los caracteres fundamentales de una entidad moral e histórica definida»; cuando Ricardo Rojas restaura el sentido del aforismo de Alberdi: *gobernar es poblar;* estos escritores del Plata, no hacen sino defender el antiguo abolengo y expresar la contrariedad que les produce el no poder exhibirlo.

En Chile hay una oligarquía que durará hasta que el pueblo chileno se dé cuenta de que ha sido y es explotado mediante el engaño patriotero de «la victoria del 79», aquella guerra de rapiña y de barbarie que hicieron al Perú las familias de la clase dirigente chilena tomando como instrumento de

---

(1) Entre las Compañías extranjeras que han amasado sus provechos con la sangre indígena, haciendo más desgraciada la triste condición del aborigen peruano y despoblando las regiones del interior del país, citaremos a la Cerro de Pasco Mining Company, que después cambió su nombre por Cerro de Pasco Cooper Corporation (norteamericana), la Backus & Johnston Co. (inglesa), Casa Grande Zucker Plantagen (alemana), Tambopata River Co. (inglesa), Duncan Fox & Co. (inglesa), British Sugar Co. (inglesa), Grace & Co. (norteamericana), Hilbck & Co. (alemana), Inca Mining Co. (norteamericana), Inca Gold Co. (norteamericana), Milne & Cia. (inglesa), London and Pacific Petroleum (inglesa), Graham Rowe & Co. (inglesa), etc., etc.

Esta lista es conveniente darla a conocer para mostrar que el extranjero no siempre es elemento de cultura en nuestras repúblicas. Llevar máquinas moder nas; acabar con el poblador autóctono, y conducir al exterior las riquezas de su territorio, dejando tras de sí la desolación y la miseria, no significa contribuir al adelanto de ningún país. Es esto lo que Bryce no toma en consideración al censurar el régimen colonizador español. Todas esas lanas, todo ese algodón, todo ese azúcar, todo ese caucho, todos esos metales, todo ese petróleo que las compañías extranjeras traen a estos mercados, han sido obtenidos en forma criminal. Que en el siglo XVIII la corona de España no se estremeciera y se cruzara de brazos ante el informe de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa, podía tener perdón por las dificultades para hallar buenos funcionarios y para vigilar desde la metrópoli lo que pasaba en América. Pero hoy no podría justificarse en modo alguno el ampleo de los mismos métodos que pesaron sobre la reza indígena durante el coloniaje.

sus ambiciones la ignorancia del roto, para apoderarse de las riquezas peruanas de Tarapacá y Tacna y Arica. El propio interés de la oligarquía, su defensa natural que estriba en la conservación y tranquilo usufructo de aquellas riquezas ajenas, han impedido el desarrollo de revoluciones.

El Perú, por su situación geográfica y por las condiciones peculiares de su suelo no ha podido ser zona inmigratoria como la Argentina. Y si hubiera tenido un Porfirio Díaz, quizás, como Méjico, habría alcanzado mayores adelantos materiales, pero su condición sería hoy casi la misma que la de la patria de Juárez.

James Bryce en un libro reciente sobre las Modernas Democracias ha dicho al hablar de nuestras repúblicas, que una causa de sus males ha sido la ascensión al poder de militares, y que cuando el abogado reemplaza al general la situación mejora, debido a que hay menos posibilidad de trastornar el orden público. Aunque el abogado puede representar el fraude, dice el famoso autor inglés, sin embargo de que el fraude también sea odioso, es preferible a la fuerza. Esto es, a nuestro juicio, tomar las apariencias, las manifestaciones exteriores por la cosa misma. Justamente la causa principal de nuestros males es y será todavía por algún tiempo toda esa pandilla de abogados, que sale de nuestras universidades. El politiquero, el intrigante, el logrero, el tinterillo, que es entre nosotros un producto universitario, es precisamente el mejor sostenedor de todos los disturbios y de todas las iniquidades. El militar en el Perú siempre se consideró incapaz de dictar medidas de gobierno en el orden económico y en el administrativo y aun en el político; en esto se entregó de pies y manos a los abogados. Por eso quien ha hecho más daño a nuestro país ha sido el partido civil, como en Méjico no ha sido tanto Porfirio Díaz cuanto el partido científico el causante del presente desangramiento que experimenta la nación mejicana. Todo lo que hay de institucional y de democrático en el Perú, es obra de dos revoluciones, la del 55 y la del 95, y los hombres que simbolizan altamente el carácter nacional, son dos revolucionarios: Castilla, un militar, y Piérola, que no lo era.

Todos los bienes producidos por la revolución del 95 fueron inmediatamente destruidos por el aciago partido civil. Desde entonces no vemos más que traspiés de paralítico en cuerpo joven. Han surgido diversas agrupaciones políticas, pero sin ideales, sin más propósito que el acomodo dentro de los mismos moldes añejos y que hieden a descomposición. En los últimos años de desconcierto y de ruina, no ha habido más que dos hechos de significación que parecen ser el anuncio de una transformación trascendente: el movimiento en favor de la raza indígena y la campaña en favor de la descentralización política y administrativa del país. Los principios proclamados en ambos movimientos han sido aceptados en parte, aunque más bien en forma engañosa, en la nueva constitución de 1919. Pero no era nueva constitución lo que necesitábamos. No era un cambio de redacción de una carta sino un cambio de procedimientos de gobierno lo que era menester.

Así nos encuentra el Centenario.

Cuando pienso que hay patriotas en el Perú; que hay allá hombres que tienen clara visión de las cosas, yo me digo: ¡cómo se unieran y se lanzaran como transfigurados por una nueva vida a forjar el nuevo, el esperado Perú! ¡Cuando imagino que ha surgido el joven Perú, como ayer surgió la joven Alemania, la joven Italia...! ¡Cuando me veo entre esa multitud de cerebros, de voluntades, de almas que edifican sin descanso, día y noche porque la vida es corta, no volteando atrás sino mirando adelante, siempre adelante, siempre adelante...!

Cambridge, Mass., julio 28 de 1921.

(*La Prensa*. Nueva York).

ENCAJES

Por ROBERTO BRENES MESEN

Se os entra por los ojos la maravilla en el alma cuando miráis que unos pocos trazos de pincel os ponen delante de la vista la perfección y madurez de una fruta, la gracia exquisita de una flor. ¿No se os entra también cuando os halláis en presencia de esas ideales pinturas a la aguja que parecen haber servido de modelo para las telas milagrosas de las hadas?

Un encaje es una obra de arte. Universal como el dibujo, tangible como el tallado, tiene todo el encanto de los musgos, la simetría de los helechos, la poesía de los follajes, la sentimental elocuencia de los poemas.

Al conjuro de la aguja todas las formas de la naturaleza vuelan hacia las manos que las van fijando, vivas, en el martirio sin llanto de la trama de los hilos.

Es una composición perfecta el encaje: le concibe la fantasía, el discernimiento y la fantasía le desenvuelven, el amor de la belleza y la paciencia le concluyen. Y se repite el tema, y se varía a lo largo del encaje, como una frase musical dominante en la extensión de una sonata. El encaje tiene el ritmo de las hojas en la rama, de los pétalos en la flor, de las moléculas en el cristal de nieve; es una música de hilos y de puntos, como la catedral es una música de piedra. Penetra por los ojos y se escucha en el fondo de nuestro ser.

Son los encajes de nobilaria estirpe. Nacieron en palacios y templos. Gentiles manos esculpieron y pintaron con la aguja poemas de flores y frutas, escenas de la vida, amores y proezas de los dioses. Más tarde, en los conventos, los encajes alcanzaron monacal perfección. Las vestiduras sacerdotales poseían como una artística santidad. Con hilos delicados se habían fijado el silencio y la soledad de los claustros; y las cenefas y las fimbrias de las albas, los blanquísimos manteles del altar contenían amorosas, ardientes plegarias, elocuencia exaltada, aunque muda, de las almas adorantes refugiadas en las celdas. En algunas de esas obras he visto la delicadeza, la melodía de los góticos ventanales de perfecta reticulación. No es de extrañar que durante largo tiempo — hasta la Reforma — los encajes se considerasen como un secreto de la igle-

sia, a la manera de como fué un secreto la construcción de catedrales.

Luego las cortes reales, los castillos señoriales dedicáronse por largo tiempo a la ejecución de esas mismas obras de arte. Y a los encantos de los encajes tan sensibles fueron los hombres como las damas. Por cierto es que el más antiguo vestigio que nos ha llegado de los encajes se halló en la tumba de Thoutmosis IV, descubierta en 1903. El fragmento, ahora en el Museo del Cairo, tiene dibujos en azul, rojo, verde y negro. Connubio artístico de dibujo y coloración. Y desde aquellos días en que los bordados de Babilonia recorrían Egipto y el Mediterráneo, las flores, las frutas y los follajes constituyeron los motivos dominantes de los encajes.

No quedan muchos ejemplares de telas bordadas ni de encajes representativos de escenas procedentes de una remota antigüedad; pero sí nos han llegado algunos de Egipto, elaborados en los primeros siglos del cristianismo, con episodios del Evangelio. Más tarde aparecieron las escenas de la vida conventual, de los torneos, de la vida castellana. Pero siempre, en las más apartadas épocas, fueron regias o cortesanas manos las que elaboraron los encajes.

Ya entrados los tiempos modernos, en la corte de España, al lado de la gentil reina Isabel la Católica, aprendió el bordado su hija Catalina de Aragón, quien siendo reina, a las labores de ese estilo dedicó su actividad durante sus malhadados años.

Tradicional fué en la corte de Inglaterra la devoción a estos trabajos de parte de las reinas. María Tudor, Isabel, María Estuardo distinguiéronse en esta clase de labores. Y fuera de Inglaterra, Catalina de Médicis, incomparable bordadora, y la reina de las Margaritas, Margarita de Angulema, cuyo talento celebrara Ronsard en su oda a la Reina de Navarra.

Con tan noble ejemplo las mejores damas consagran largas horas de su vida a estos trabajos que acaban por levantar el arte del bordado y del encaje a una rara perfección.

Ya en el siglo de todas las maravillas, en el milagroso XVI, hay maestros de extraordinaria habilidad que escriben tratados para enseñanza de «ánimos gentiles», como dijo el veneciano Federico de Vinciolo en su obra acerca de los encajes.

Los cuales nacieron de un desenvolvimiento de los bordados, conocidos desde una muy remota antigüedad. El bordado requiere la existencia previa de una tela sobre la cual la aguja traza punto a punto las formas del dibujo que se desea. El encaje, por el contrario, no requiere la preexistencia de una tela que sirva de fondo. Los puntos se enlazan unos a otros en el aire, construyendo una arquitectura de simetría perfecta.

En Europa el encaje alcanzó su mayor pureza en el interior de los monasterios. De allí nos han venido los más raros y bellos ejemplares. Fueron secretas adoraciones, devoción del alma, éxtasis divinos tejiéndose con los hilos y los puntos para construir la melodía serena y silenciosa de un encaje destinado a la mesa del Señor, frente al retablo donde los Angeles bendicen la paciencia y el amor que forman el alma fervorosa del arte.

Nada como el amor desinteresado del arte para darle esa supervivencia, aun más allá de los transitorios gustos de la época.

El monje recluido en su celda, combinando los puntos del encaje, sin prisa, orando, labrando con la aguja el hilo para crear sus flores y sus estrellas, carecía de la obsesión de la gloria. Desprendíase de lo mejor de su vida, de sus más puros esfuerzos, en una obra de amor, de devoción y así cuanto sus manos tocaron asumió el aspecto de la belleza del sacrificio silencioso.

Cuando los encajes entraron en la vida profana, les acogió con entusiasmo la corte europea.

Los trajes reales, los trajes de ceremonia ataviáronse con encajes. En Francia introdújolos de Italia Catalina de Médicis, y edictos fueron necesarios para moderar, aun para impedir su empleo, tales fueron los extravagantes excesos a que llegó la corte.

Pero ni el lujo ni la belleza se destierran por largo tiempo. Contra las leyes suntuarias se confabulaban amantes, artistas y mujeres.

Por encima de las leyes la belleza cruza las fronteras para lucir su encanto en el corazón mismo de las ciudades; el contrabando es más ingenioso, más astuto, más osado que las leyes.

En el seno blanco de un hermoso bollo de pan viajan cómodamente diez libras de riquísimo encaje y toda una fortuna de punto de Venecia se mofa de las leyes suntuarias de Francia en el féretro de un embajador.

¡Cuán dominante es este amor de la belleza! ¡Cuán consoladora esa admiración del arte!

Y la industria, prestando mayor inteligencia aun al telar de Jacquard, así en Inglaterra como en Francia, ha imitado los antiguos y célebres encajes de España y de Bélgica, los valencienes y los chantilly. Pero no pueden compararse jamás sus resultados con las bellísimas rosas, las margaritas insuperables, los lises regios, las estrellas inaccesibles de los viejos encajes de Burano o de Génova, de Barcelona o de Bruselas.

¿Cómo no comprender el desmedido afán de llevar sobre sí ricos y bellos encajes? ¿Pues no damos a las damas las flores naturales para que realcen su belleza u ornamenten sus habitaciones?

¿Acaso no gustamos todos de llevar en nuestra memoria, para decorarla, delicadas o sentidas estrofas de poetas amados que pusieron en ellas los mejores bálsamos de su alma?

Y escritos a la aguja, engarzados a lo largo de un hilo, hay poemas de sutil delicadeza en los encajes, canciones, madrigales, sonetos que son desgarradores gritos del alma que no hallaron laúd con qué expresarse, ni pluma con qué escribirse.

No todos son Petroleros

WALDO FRANK Y EL INDIO AMERICANO

POR JOSÉ JUAN TABLADA

No; por fortuna no todos los norteamericanos ven a México atraídos sólo por sus riquezas materiales; no todos tratan de poner en acción, haciéndonos sus víctimas, aquel famoso exhorto del sajón agonizante a su hijo:

—Haz dinero, hijo mío; honradamente si puedes; pero si no... haz dinero!

No sólo no todos los americanos del Norte son «dollar chasers», apodo que tanto escozor le causaba a Mr. Wilson, sino que una vivaz y luminosa reacción se produce en contra del viejo puritanismo y su Constitución a base de oligarquía y su Unión semejante a una gigantesca Cámara de Comercio; en contra de los procedimientos radicalmente utilitarios del «pioneer» (llamémosle en español: gambusino) y en fin contra el pragmatismo americano que destruye la facultad emocional, estética y espiritual del hombre, convirtiendo a la Sociedad en una Máquina y a la Vida en un maquinismo sin otro fin que la utilidad material; el amplio margen en la compra-venta; el macizo porcentaje que suda la inversión atinada...

A ese pragmatismo el judío pululante ha llevado su ardor, místico hasta el masochismo, y ha limpiado el camino de esa «Marcha hacia la Estrella» (que aquí es un dólar) llegando al extremo de negar el Arte, por boca del crítico anestético Leo Stein y concluyendo por destruir la religión, afiliándose a esas «Sociedades para la cultura Etica», inventadas por el doctor Adler, hijo de rabino, que un autor define así:

«Etica que significa la supresión de todo lo místico, de todo lo que, en cualquier sentido, puede distraer el interés humano de los negocios inmediatos de un mundo comercial».

Shylock en Norteamérica ha hecho pues, más que en el mundo de Shakespeare... Aquí ha renegado de Sabbath, ha tapiado la puerta de la Sinagoga y ha matado a Jehová, sofocándolo dentro de una caja fuerte...

Contra todo eso (y de todo eso hallaréis un poco en el alma obscura y brutal del petrolero), endereza la juventud americana su noble reacción espiritual.

Muchos son los paladines de esa Guerra Santa; llámanse Dreiser, Masters, Carl Sandburg, Anderson, Boot. Pero a la cabeza de todos ellos, a mi modo de ver, va Waldo Frank, hondo pensador, alto espiritualista y escritor de estilo prestigioso.

Su libro «Nuestra América» (coincidencia curiosa: título igual al de la obra de Bunge y semejante índole, aquél sobre la América del Norte; éste sobre la del Sur y ambos clarividentes!) exaltado y consagrado por la crítica, realiza una doble función de justicia: *Señala las deficiencias y las debilidades del pueblo de Norteamérica y encomia generosamente las virtudes del pueblo mexicano.*

En alguna crónica anterior revelé a los lectores el alto concepto que otro meritísimo publicista americano, Mr. Jay S. Stowell, autor de «The Nearest Side of the Mexican Question», tenía de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, y ahora me complazco en revelar los halagüeños juicios de Waldo Frank.

Pero antes de tratar lo que a los mexicanos concierne directamente, vean los lectores el concepto que le merece el «Indio» al sutil psicólogo:

«...Un gran mundo de variada cultura existía ya en América antes de la llegada del «pioneer». América estaba poblada. Desde el extremo noroeste (según toda probabilidad) tribus prehistóricas habían hallado su camino procedentes del Asia. En ciertos lugares, esos misteriosos peregrinos parecen haber perdido sus viejas culturas, o por lo menos, no haber realizado ninguna nueva y considerable; pero en otros lugares fijaron gradualmente un estado cultural quizás no muy diverso — material y espiritualmente— del de los primitivos pastores hebreos. Pero existieron regiones en donde surgieron, del vasto torrente étnico, grandes pueblos; modeladores de belleza, maestros de orden público, adoradores de un Dios verdadero.

»Por doquiera, las culturas que llamamos Indias—simbolizando y perpetuando nuestra ignorancia en el falso nombre—fueron de naturaleza espiritual, dirigidas hacia una grandeza espiritual que nos es dado medir... Y por doquiera esas culturas fueron sepultadas por el alud caucásico.

»En los países latinos, no fueron sepultadas por completo, porque sus conquistadores no eran bastante «pioneers». (Aquí un paréntesis: «pioneers» fueron aquellos que dijeron: «el único indio bueno es el indio fusilado».) No fueron lo bastante densos en el flujo de sus masas para aniquilar al indio. Dos mundos se arremolinaron mezclándose y tal amalgama de contienda y flujo interminable, explica el estado febril de Sudamérica y México, donde los amos blancos no son lo bastante poderosos para destruir y los destruidos a medias no son bastante fuertes para surgir y dominar.

»Pero en Norte América — nuestra tierra — la tarea estuvo bien hecha. Donde quiera que vayamos Maine, Florida, Oregon, Texas, la tierra que pisamos es un lugar de muerte. Bajo nuestros pies, yacen sepultados los restos de un mundo humano...

»En los parajes centrales de Yucatán y Guatemala, ese mundo alcanzó quizás su apogeo. Los Mayas construyeron grandes ciudades y sacaron belleza de las rocas y la derramaron sobre los muros de sus templos, formas profundas de belleza cuya semejanza sólo en India o en Egipto puede hallarse. Escribieron libros que aun permanecen indescifrados, pues el celo jesuítico triunfó al destruir el vasto acervo. Pero las ruinas de su grandeza en medio de las selvas tropicales no son difíciles de leer! Nos hablan de un rico y fértil pueblo, refinado en obras espirituales y estéticas...

»El norteamericano prefiere no discurrir sobre el efecto de la invasión blanca en la naturaleza india. El hombre blanco llamó al indio sanguinario, traicionero... Y el indio no hacía más que defender su mundo...! y cuando vió que sus flechas se despedazaban contra el «pioneer» (monstruo de acero) tornose en verdad desesperado y cruel en ocasiones. Pero por fortuna el indio no se ha ido todavía. Y en su espíritu, sus obras, su fisonomía de hoy después de siglos de violencia y centurias de brutal contacto con culturas contra las que no pudo precaverse, podemos aún leer la respuesta a nuestra ignorancia.

»Donde quiera que el indio habitó, en populosas ciudades o en campamentos, vivió una vida espiritual, tan verdadera y tan profunda, que aun hoy la bota del «pioneer» no ha logrado borrar».

*

¡Cuán lejos estamos, cuán por encima de los limbos donde se producen las películas soeces y difamatorias, los libros y los periódicos antimexicanos, gratos a Doheny y a su «clique»!

¡Qué albor de Justicia apunta en las cúspides de la joven intelectualidad norteamericana, irradiando sobre los verdaderos caracteres de nuestro pueblo prístinas luces de verdad...!

En próximo artículo verán los lectores cómo ante la mirada clarividente de Waldo Frank, la espiritualidad mexicana cae, desde arriba, sobre el utilitarismo americano aferrado a la corteza de la tierra.

New York, agosto de 1921.

(*Excelsior*, México).

Hay que pinchar a los granujas

POR JULIO CAMBA

—¡Hombre! Usted que es aficionado —le dije una vez a un amigo—, ¿por qué no se bate usted con Fulano?

—¿Con Fulano?—me respondió el interpelado—. Pero ¿ignora usted que Fulano es un sinvergüenza?

—Al contrario—exclamé—. Lo sé perfectamente.

—¿Y quiere usted que yo me bata con él? ¿Por quién me toma usted entonces a mí? Yo no cruzaré jamás mi acero con una persona indigna...

¡Terrible misterio éste del honor! ¡Impenetrable y tenebroso arcano el de la caballerosidad moderna! Si usted pincha con su espada la barriga de un granuja, queda usted deshonrado, y para ser un caballero sólo puede usted pinchar barrigas de personas decentes, de hombres honestos que jamás le hayan hecho mal a nadie. Yo no sé si hay un hombre realmente honesto en el mundo. En caso de que lo haya, es posible que este hombre carezca de barriga, así como carecía de camisa el hombre feliz, porque no creo que la honestidad haga engordar mucho. Pero, aunque los hombres honestos tengan barriga, ¿es justo que los pinchemos? Siendo honestos, no nos habrán dado, a sabiendas, motivo de agravio, salvo que, según mis sospechas, exista alguna manera de hacer granujadas sin perder por ello la honorabilidad.

Por mi parte opino que lo caballeresco sería, precisamente, pinchar a los granujas y a los sinvergüenzas, que Don Quijote llamaba follones y malandrines. Cuando estalló la guerra europea, cierto escritor francés tenía a su servicio un criado negro, al que le dijo que quedaba en libertad para irse a pelear con los alemanes.

—¿Con los alemanes?—exclamó el negro, que, como verá inmediatamente el lector, tenía también sus principios—. De ninguna manera. Los alemanes «c'est une sale race».

Y, en vista de que los alemanes eran una raza sucia—como es lógico que sea para los negros una raza tan rubia—, aquel caballero de color de chocolate siguió viviendo tranquilamente en París. «Si todos los franceses hubieran pensado como él—comentaba luego su amo—, Alemania se hubiera hecho dueña de Francia». Si todas las personas decentes fuesen personas de honor—comento yo a mi vez—, los granujas y los sirvergüenzas acabarían por dominar el mundo.

—¿Cómo quiere usted que yo me bata con un sinvergüenza?—me preguntaba mi amigo.

—Precisamente porque es un sinvergüenza—le respondí—es por lo que creo que deben batirlo aquellos que no lo sean. A una persona que me merezca algo de consideración, yo nunca le aconsejaré que se bata con un hombre digno.

(El Sol. Madrid).

Los derechos de la juventud

EXISTEN muchos indicios de que reina una pronunciada tendencia a la reacción en el actual período de la post-guerra, dice Edward Cecil en el último número de la *English Review*, hablando de los derechos de la juventud. Y entre los que más han de sufrir, si el progreso se detiene, son seguramente los jóvenes de la generación que se está formando ahora. Hay muchos intereses creados actualmente que necesitan toda clase de armas para protegerse, y por ello no debe sorprender mucho que exista un pronunciado movimiento reaccionario en casi todas las esferas de la vida. De aquí que veamos por todas partes tentativas para vilipendiar, menospreciar y aun para ridiculizar a la juventud.

Es perfectamente sabido que la juventud ganó la guerra. Los jóvenes fueron los que realmente vencieron en el ejército y la marina. Y las jóvenes que fueron obreras en las fábricas de municiones han sido las que realmente vencieron en el hogar. La guerra, sin embargo, ha pasado, y en todas partes encontramos hoy gente interesada, tratando de amordazar y paralizar los esfuerzos de la juventud, cuando debieran, por el contrario, ser estimulados y atendidos, como ocurre en América.

La juventud, en efecto, tiene perfecto derecho a ser oída en todas partes. Examinemos algunos campos en que actualmente debe ejercer ese derecho la juventud. Seguramente la actual Cámara de Diputados es uno de ellos. Nos encontramos aquí ante una asamblea de hombres de media edad y de edad madura, en la que la juventud se halla en una desesperante minoría. Y para estos mismos pocos jóvenes hay allí un gran peligro: que su propia juventud pueda ser perjudicada por la atmósfera en que están sumergidos. Estamos representados casi enteramente en la Cámara de Diputados por hombres de media edad, la mayoría de los cuales están saturados de ideas de clase media, pasadas de moda. Los derechos de la juventud a vivir en un mundo mejor están desatendidos en la Cámara, donde necesitamos todo el espíritu de la juventud que podamos llevar para salir de nuestra actual y muy imperfecta estructura social.

Pero, después de todo, la Cámara de Diputados no es en modo alguno el único campo en que hoy es necesaria la juventud. Veamos los departamentos ministeriales. Si hay algún sitio donde se necesita profundamente a la juventud, es en ellos. Los departamentos ministeriales son responsables, en una gran parte, de la miseria que sufrimos en los tiempos actuales, la cual no debíamos sufrir en tal medida. La pesada estupidez del espíritu de la edad madura, que encuentra su mayor expresión en el típico funcionario de carácter permanente, no es, ni más ni menos, que una calamidad nacional. Todos los despilfarros que se realizan, todos los rodeos que se dan, toda la gran masa de trabajo, completamente inútil, y todo el embrollo de formulismos e incompetencias, que dificultan la ejecución de trabajos necesarios, deben parecer sumamente ridículos al espíritu de la juventud inteligente. Necesitamos un torrente de juventud en los departamentos ministeriales, donde debe demostrarse que la incompetencia de aquélla no es nada comparada con la incompetencia de la edad madura.

(El Sol. Madrid).



Cuestiones hidrológico-forestales

Por S. B.

La autorizada revista *Monthly Weather*, de Washington, publica en el volumen XLVII, número 2, un trabajo de J. W. Smith con el título que encabeza estas líneas.

No es la primera vez que los técnicos norteamericanos han tenido que deponer en esta cuestión de la influencia de la vegetación sobre las lluvias, que es la preocupación vulgar en muchos países áridos. En 1910, una parte de la opinión norteamericana reclamó del Congreso grandes créditos para repoblar de bosques las inmensas estepas del Oeste; pero antes de comprometerse la Comisión Parlamentaria de Agricultura en dictaminar las leyes que se le proponían, por muchos millones de dólares, recabó del Servicio Federal de Previsión del Tiempo y de las Avenidas un informe sobre la influencia de los bosques en las lluvias y las inundaciones. Es de advertir que el Servicio Metereológico de los Estados Unidos no tiene semejante en el resto del mundo, ni siquiera en los países más adelantados de Europa. Bien es cierto que la situación de aquel vasto país, entre los dos grandes océanos Atlántico y Pacífico, que comprende, además, una zona de influencias árticas, y el golfo de Méjico, en donde se originan la gran corriente templada marina y el régimen ciclónico, que alcanzan a Europa, es situación única para emplazar el más amplio y eficaz laboratorio metereológico de la Tierra, y los americanos lo han sabido aprovechar para instalar en él una red de observatorios vastísima y excelentemente dotada.

Pues bien: el informe que dió al Senado Mr. W. L. Moore, Director del Servicio, contenía las siguientes conclusiones:

«1ª Toda alteración bien marcada que pueda tener lugar en las condiciones climatológicas es de gran extensión, no local, apreciable únicamente cuando se mide en el transcurso de períodos geológicos, y existen pruebas decisivas de que la destrucción de los bosques ninguna relación tiene con la producción o aumento de las sequías en ninguna parte del mundo.

2ª Las lluvias rigen la vida de los bosques, pero los bosques tienen escasa o ninguna influencia sobre las lluvias.

3ª Toda modificación local de la temperatura y humedad, causada por la presencia o ausencia de la cubierta forestal, la construcción de pueblos y ciudades, etc., no podría ejercerse más allá de 100 ó 200 metros, y en esta capa del aire rara vez existe la saturación, ni aun en el momento de llover; al paso que la lluvia es la consecuencia de las condiciones meteorológicas que reinan a tales alturas de la atmósfera, que no pueden ser regidas o afectadas por las ligeras irregularidades térmicas que se presentan en el aire de la superficie terrestre.

4ª En el período al cual se refieren las observaciones dignas de confianza, la cantidad de lluvia no ha aumentado ni disminuído en proporción digna de tenerse en cuenta.

5ª Las inundaciones son causadas por lluvias intensas, y el origen de éstas, en la parte central y oriental de los Estados Unidos, no es más que el vapor engendrado por los vientos calientes del Sur, que desde el golfo de Méjico y Océano adyacente, se dirigen hacia el interior, y muy poco por los del Océano Pacífico, que cruzan las Montañas Rocosas.

6ª Comparadas con el área total de una cuenca, las de las cabeceras son generalmente pequeñas, excepto en las corrientes de los terrenos montañosos; así que las aportaciones correspondientes a dichas cabeceras no bastarían para provocar las inundaciones, aun cuando se admita que la destrucción de los bosques provoca mayor y más rápido movimiento de las aguas superficiales. Aun concediendo que la falta de bosques pudiera ser causa de las inundaciones generales de una cuenca, sería necesario, para prevenirlas, repoblar de bosque las partes más bajas con sus enormes superficies; lo que constituye imposibilidad, a menos que en las tierras de más valor, consideradas agrícolamente, se supriman los cultivos productores de lo que constituye la alimentación del hombre.

7ª En las corrientes de los ríos no influye de una manera efectiva otro factor que las lluvias.

8ª El nivel de las avenidas no es ahora más alto ni el de los estiajes más bajo que lo era anteriormente. En realidad, parece existir alguna tendencia en los últimos años a que los niveles de estiaje vayan mejorando ligeramente.

9ª Las inundaciones no son ahora más frecuentes ni de mayor duración que lo eran anteriormente».

Como se trata de hechos de observación, y ésta era tan extensa, intensa y duradera, el Senado no se resolvió a empeñar en las repoblaciones el dinero de los contribuyentes.

⁂

Ahora, entre los agricultores de las grandes llanuras vuelve a surgir general la opinión de que el aumento de la superficie puesta en cultivo determina un aumento de las precipitaciones atmosféricas, y otro técnico, el citado Mr. J. W. Smith, refuta tal creencia, apoyándose precisamente en los datos suministrados por observaciones precisas y copiosas, recogidos en el período de cincuenta años, desde 1867 a 1917, duración que da a la prueba un valor definitivo.

Extensión de los cultivos.—Gracias a la difusión de las prácticas de «dry-farming» y a la adopción de especies cultivadas particularmente resistentes a la sequía, la superficie sembrada en las regiones de las grandes llanuras ha ido rápidamente en aumento, como re-

sulta del cuadro adjunto, en el cual se indican las superficies cultivadas de cebada, de maíz, de avena y de trigo en los Estados de Kansas, de Nebraska, de Dakota y de Montana, en los años 1867, 1882, 1892 y 1917.

	1867 ACRES.	1882 ACRES	1892 ACRES	1917 ACRES
CEBADA:				
Kansas	90	8.000	56.000	300.000
Nebraska	89	62.400	36.000	85.200
Dakota	.....	11.200	128.000	1.148.000
Montana	......	740	2.012	360.000
MAÍZ:				
Kansas	2.622	188.000	628.800	3.662.000
Nebraska	4.591	160.000	646.000	3.696.000
Dakota	......	56.000	....	1.576.000
Montana	......	196	432	32.000
AVENA:				
Kansas	2.662	188.000	618.800	913.600
Nebraska	4.591	160.000	646.000	1.235.200
Dakota	......	56.000	469.000	1.800.000
Montana	......	11.200	25.529	272.000
TRIGO:				
Kansas	35.600	629.200	1.628.800	1.494.800
Nebraska	4.000	662.800	501.200	39.880
Dakota	......	288.000	2.164.000	4.286.400
Montana	......	17.124	16.704	690.800

(El acre equivale a 0,404 hectáreas).

Lluvias. — Precipitaciones en la parte septentrional de las grandes llanuras en el período de 1868-1917, o sea en cincuenta años:

1868-1877	495,0 mm.
1878-1887	510,0 »
1888-1897	450,0 »
1898-1907	487,0 »
1908-1917	477,5 »

En la parte central:

1868-1877	407,5 mm.
1878-1887	510,0 »
1888-1897	430,0 »
1898-1907	505,0 »
1908-1917	455,0 »

Existen datos análogos para los Estados meridionales y occidentales. Se observan diferencias notables de un período a otro, con alternativa de grupos de años secos y de años lluviosos, sin que se pueda hablar de un aumento progresivo o de una disminución progresiva.

Conclusión.—Comparando los datos catastrales con los datos metereológicos, se ve que el aumento de la superficie cultivada no ha influído de manera que pueda apreciarse en la cantidad de precipitaciones atmosféricas.

Sin embargo, no será inoportuno añadir que las preocupaciones vulgares se extirpan difícilmente.

Diciembre de 1920.

(El Sol, Madrid).

VENDEMOS

José Eustasio Rivera: *Tierra de Promisión* .... ¢ 7.00
Miguel Rasch Isla: *Para leer en la... tarde* 9.00
Juan Ramón Jiménez: *Platero y Yo*.. 3.50
De Eugenio D'Ors: *Glosario*........ 3.50
Divagaciones Literarias, por José Vasconcelos 2.00
Jesús Urueta: *Conferencias y Discursos* 2.25
José Enrique Rodó: *Parábolas*....... 2.00
Castalia Bárbara, por Ricardo Jaimes Freyre.......... 2.25
André Gide: *Los límites del arte*..... 2.00
Rubén Darío: *Hipsipilas*.......... 3.00
» » *El árbol del Rey David* 3.00
F. Ameghino: *Doctrinas y Descubrimientos*.......... 3.00

Solicítelos al Ador. del REPERTORIO.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.